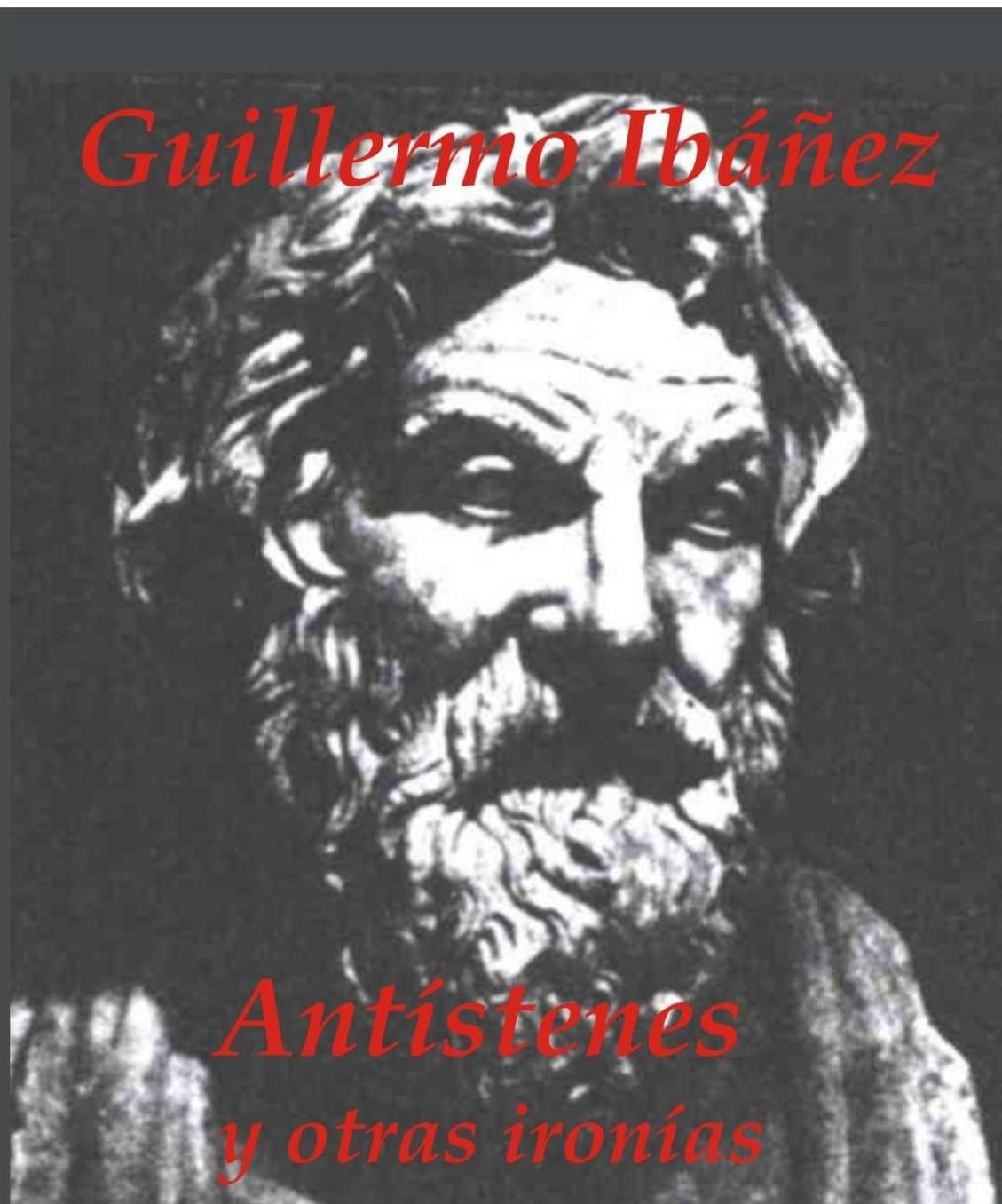


Antístenes y otras ironías.

Guillermo Ibáñez



*Antístenes
y otras ironías*

ENR

Ediciones Narrativa de Rosario

(juilfer11W Ibáñez

Prólogo

“Reivindicación de Antístenes” y otras ironías, se compone en su mayoría, de trabajos literarios periodísticos que durante años fueron publicados, junto con muchos otros ensayos, recensiones, etc., en las secciones literarias de diarios y revistas.

Al hacer una primera selección de los mismos, dado el caos reinante en mi escritorio, los ahora incluidos en este volumen, no fueron hallados antes.

Lo mismo pasó con otros libros. Por ejemplo: tardíamente se publicaron recién el año pasado, bajo el título general “De la metáfora, el mito”, libros extraviados o que no publiqué en su momento, como “Estadía”, “Poemas Dispersos” y otros.

En el caso de este libro, los textos: “Reivindicación de Antístenes”, apareció el 8-6-94; “Sillón...” el 24-7-99; “Ñoquis...” el 27-8-99 y el de Aristarco el 6-4-93, con una docena más ya publicados en libro, en el Diario “Rosario 12” de esta ciudad donde vivo y que es la única ciudad para vivir y para morir, como dicen los versos de un amigo.

El distintivo de estos textos, ha sido tal vez, ironía destilada tratando de señalar (en los tiempos que cada uno fue publicado), a personajes, funcionarios y colegas que sin nombrar, di para el código secreto de mis conciudadanos y compatriotas.

Se nombra sin dar nombres, siguiendo la señera enseñanza de la Escuela Francesa de los Anales, escribiendo lo que hacen los personajes, sin dar sus nombres, ya bastante conocidos por sus hechos y sin que un autor entre a ser denunciante vano, ni panegirista de nadie por el sólo hecho de nombrarlo. No vaya a ser cosa que eso les agrande la mala fama lograda sin intervención de uno.

También hay textos más personales. Fácilmente se deducen cada uno, pero tampoco he de correr el albur de ser demandado por cosas que siendo verdad, para “el sistema”, podrían eventualmente constituir el delito de difamación del que nadie está exento en una sociedad pacata que se lava las manos en los lavatorios de la Justicia.

Hasta aquí las explicaciones. De ahora en adelante se las van a tener que ver con los trabajos y yo, como autor, me las voy a tener que ver con usted, el lector.

Pasen y lean. Son todos textos breves. Si no les gustan los tiran a la basura y si tienen alguna curiosidad, pregunten. Mi mail es: poesiaderosario@hotmail.com

Atte. Guillermo Ibáñez

Los personajes

Reivindicación de Antístenes o apología de la utopía.

Todos creemos que fue necesaria la formación, comienzo y continuidad de aquella que se llamó Escuela de los Cínicos y que este filósofo griego fue su fundador. Algunas teorías disienten con tal aseveración; las unas, basándose en que, antes que naciera (444 a. de C.), ya la humanidad tenía de por sí, por naturaleza “evolutiva”; cinismo, como todas las virtudes y defectos que hasta hoy tiene el hombre. Teóricos contemporáneos, en el otro extremo, sostienen que fue a finales del siglo XX que gobernó en cierto país de Sudamérica un tal XX quien fue su verdadero fundador.

Conocidas son las aporías del griego y lo que le preocuparon. Su discurso predicaba la virtud como fin supremo de la vida. Pero la antinomia en él, esa contradicción entre las leyes o principios racionales, lo perturbaban. Su lectura, de vastedad inenarrable, apenas pudo ser reconstruida por fragmentos hallados de su obra, en las que, era notorio, se plasmaban conocimiento, sabiduría y aportes a lo que él suponía -y no se puede dejar de compartir-, debe ser el fin supremo.

Tanto es así que todas las religiones importantes del planeta enaltecen a la virtud y propenden conductas en ese sentido. Pero el propósito dual del tratamiento de este trabajo es, por un lado, ver que mientras Antístenes se conflictuaba seriamente, al punto que trascendieron estos dos mil y pico años, la conducta de los actuales cínicos pretende ser apodíctica, aunque no por convincente sino por no admitir contradicción y así, hacer creer a muchos de sus oponentes que el que no suba a su tren queda sin viaje.

La lealtad, para Croce, era plural y todos tenían el mismo derecho a existir, nos dice Sebrelí en “Asedio a la modernidad”, y para los colaboracionistas franceses, continúa, en 1940, el triunfo del nazismo, era un hecho consumado que cuatro años más tarde se trocó en derrota. Para los maquis, que murieron peleando por sus ideales, leales a su patria, demuestra que la “realidad” no puede basarse “sólo” en la realidad, porque ésta es cambiante por naturaleza.

Lo que ayer era un idilio entre un hombre y una mujer, entre un país y otro, hoy es un encono o una guerra.

Por lo dicho, se colige que las enseñanzas del filósofo invitan a ser mejores y no creer que porque hoy están triunfando los “malos” eso está “históricamente determinado”, como si pudiera vislumbrarse que van a

ganar también en el futuro. Es una mera posibilidad, como la contraria o una realidad a medias. Quién se animaría a predecir que algo va a ser así de aquí a diez años. Quién, si no, se hubiera animado a votar al Filócrates de estos tiempos, cuyo gentilicio denuncia su voraz afán de perpetuarse.

Quién hubiera esperado que del populismo pasara al extremo opuesto y sin embargo, ante el estupor de quienes lo padecemos y el beneplácito de quienes le temían, estuvo donde estuvo y su vocación es la de permanecer, cuestión por otra parte no de su exclusividad, sino propia del hombre que se aferra, (pero que son hombres que mueren dos veces, al decir de Sartre, porque primero matan en ellos sus ideales y los de quienes le creyeron para llegar).

Y “llegar”, no precisamente, por más bronce que medie, por más salón de los pasos perdidos que se erija y donde están indiscriminadamente cobijados por el mismo techo “los unos y los otros”; los sustrae del pensamiento de la gente y del juicio humanista del porvenir.

Popper se lamentaba que no hay “historia de la humanidad” sino tan solo del “poder político” y pregonaba que la concreta debería ser no la de los “grandes” hombres (lo de grandes lo pienso entre paréntesis), sino la de todos los hombres, la vida de los individuos olvidados, desconocidos...”

Refutándole y aunque no quede escrito más que en el corazón de cada ignoto individuo, para cada uno de nosotros la historia es la de nuestros padres, nuestros hijos y nuestras vicisitudes.

La que escriben es “otra historia”. Una de otros que no creemos, sólo a veces leemos llegando así a la Escuela de los Anales que hace historia social y económica y tiende a limitar lo más posible los NOMBRES PROPIOS. Siguiendo su señero ejemplo, por si quedara alguna duda, he hablado del cinismo, del griego que murió en el año 399 antes de nuestra era, de la virtud que predicó y encarnó, de lo poco que nos ha llegado de su obra, de la actualidad y personajes que podría señalar con nombres y apellido, criticar por decir haber leído filósofos que nunca escribieron; pero, siguiendo la escuela francesa, desde la escritura uno prefiere no dar nombres.

Y recordando los cuentos de infancia, colorín colorado, si no lo entiende se ha jorobado.

Chapá los libros dice María Elena W. El ángel gris de Dolina cuenta historias diáfanas y amargas. La ilusión permanece de pie, como la de un maquí.

Refutación de Aristarco

Si todo lo cura el tiempo, pobres de nosotros. Esperemos que surja algo que nos alcance en vida; porque han hecho falta nada menos que aproximadamente 2293 años para que Aristarco también sea recordado. Hablamos del astrónomo de Samos (siglo III a.C.), acusado de sacrilegio por afirmar que la Tierra giraba sobre su eje alrededor del sol, y no del homónimo griego, crítico y gramático a quien le cupo la no menos trascendente tarea de dirigir la Biblioteca de Alejandría, escribir los famosos Escolios (comentarios) y la clasificación de La Ilíada y la Odisea, que aun hoy es valorada. Pero para no hacer la de Herodoto e irme por las ramas (interesantes por cierto pero que nos llevarían a la biblioteca más famosa de todos los tiempos e insumiría muchas líneas, su destrucción, etc.), volvamos a la materia del presente: la refutación de Aristarco, desde él, claro.

En las páginas de un Diario (Título: “Galileo va al cielo”), de hace un tiempo atrás, se refiere la crónica del toscano y reproduce la carta que él mismo le envió a Cristina de Lorena que terminaba diciendo:”... oí de una personalidad eclesiástica que la intención del espíritu santo era enseñarnos cómo se “va” al cielo y no cómo se “ve” el cielo”, aunque en realidad no termina así y esta versión está corregida acorde a lo textual de aquella misiva desesperada si las hay y las hubo para Galileo, que terminó abjurando de sus empíricas constataciones de rotación (tema que también daría para mucho), en aras de su salvación y sobre todo, al ser procesado por 11 clasificadores del Santo Oficio (me duelen las puntas de los dedos al nombrar a la “Inqui...”), que le hubieran asegurado un infierno empírico e inmediato, ya que era el creador del empirismo.

Pero, al reivindicar a este muchacho Galileo Galilei, se olvida todo el mundo de don Nicolás Copérnico (1473 – 1543), que lo precedió al toscano en sus locas y después aceptadas como verdaderas concepciones del cosmos, lo que le costara que la misma convincente Institución que “recuperó” a Galileo incluyera su obra en los tristemente célebres “Índices”, lo que aseguraba que “Acerca de las revoluciones del mundo celeste”, tal su título; jamás fuera leída y no pudiera revolucionar nada. De todas esas cuestiones se colige que alguien, ya entonces, manejaba el negocio editorial y hacía que Ptolomeo (digo Claudio el astrónomo, matemático y geógrafo egipcio del siglo II d.C., y no Ptolomeo que fue el nombre de 15 flacos egipcios, el primero de los cuales se llamó Sóter, que curiosamente significa “Salvador”), Ptolomeo decía, seguidor de las ideas de Aristóteles (autor de “De los cielos”), llamado el peripatético, ideara

un sistema planetario, vigente hasta Nicolás, un polaquito que conquistó las simpatías de K. Wojtila (es un connacional, después de todo, habría dicho el Papa), fuera un bestseller de la época, a pesar de sus títulos, por ejemplo: “Almagesto”, “Introducción a la Cartografía”, etc.

El problema que tuvieron todos los científicos rebeldes (geniales) fue irse de lengua. En el presente también a los que se van de la sin hueso suele costarles un lugar (generalmente un ministerio).

Pero volviendo al pasado, otro que se fue de boca fue el pobre de Hippias. Hippias de Metaponto; un pitagórico que rompió una regla de oro de la secta a la que pertenecía, la de “Los inconmensurables” (modestitos ellos), al divulgar doctrinas que debían ser vedadas a los no iniciados. Pero la modestia de éstos al autocalificarse no le iba en zaga a otros nombres de grupos esotéricos de esos tiempos como los de “Los cínicos”, como Diógenes de Sínope que murió doscientos y pico años a. C., aclaremos, quien se burlaba de la riqueza y del poder (como nadie hoy), no Diógenes de Apolonia, que vivió 5600 years antes de C., ni el de Laercio que nació d. de C.; “Los esenios” (no senecios como les llamó el diario Clarín un domingo, en una nota sin firma por las dudas), secta en la que se inició Jesús, quienes no creían en la propiedad privada, ya en ese remoto tiempo y fueron discretamente olvidados, excepto por Schure, hace pocos años; “Los hijos de la Oscuridad” y muchos otros que no querían que el “Vulgo” (nosotros) se devanara los sesos pensando y por ello los secretos se transmitían sólo a los “discípulos”.

Pero Hippias habló y simbólicamente lo callaron, ¡bah!, le cortaron la lengua.

Para citar uno más de esos personajes del rico y ex profeso olvidado pasado, a quien se le adjudica la creación de la astronomía matemática, cuando en verdad ella fue creada por Aristarco, fue el griego Hiparco, tampoco rescatado hasta el presente, de quien ya hablaremos a su turno, porque esta es la historia de Aristarco y no de su predecesor, aunque éste último, lo recuerda, menciona o cita, reconociéndole sus méritos.

Por fin vino Stephen Hawking y con su “Historia del Tiempo – del Big Bang a los agujeros negros”, reivindicó a personajes tales como otro helénico, Demócrito, que casi 500 años a.C., había escrito ya “El gran diacosmos” “De la naturaleza del mundo”, entre otros, nombrados en esta nota y muchos más, contemporáneos (Einstein, Hubble, Roykerr y una lista bárbara) y de siglos pasados.

Eso tal vez le cueste estar siendo estudiado hoy día detrás de las Puertas de Oro que menciona Fulcanelli (“El Misterio de las Catedrales”)

y no se sabe si habrá (Dios quiera que no) un nuevo Santo Oficio, mandando a este matemático yanqui a la pira herética. Aunque la enfermedad que padece puede sí adjudicarse a los demonios.

Esta precaria síntesis que tanto abarca y tan poco dice, quizás hable sí, de quienes no quieren echarle la culpa a nadie de lo que les pasa y asumen su responsabilidad humana, y de los otros a quienes les resulta fácil prometer reinos posteriores y venideros, mientras ellos reinan en la actualidad más presente.

A estos últimos, cabe recordarles aquello de que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja.

Henry, June y “Loca verdad”

Una película sirve no sólo como entretenimiento sino como aprendizaje. Hoy por hoy, creemos que hay cierta novedad, en la película que señala el accionar de Miller y de-muestra, que en el París de los años 30, en algunos círculos ya existían lugares en los que homosexuales femeninos y masculinos podían encontrarse sin ser molestados; bailar, beber, tomarse de las manos, encontrarse, e inclusive, lo que conocemos con el vulgar término de “atracar” en argentino, “transar” en el coloquio juvenil de estos lares y como se llame en los distintos lugares del mundo, o conocer gente nueva.

Proponer a “la” o “el” recién llegado las mil y una acciones tales como una escena en la que llegan June y Anaïs y una mujer varonil dirigiéndose a June le espeta: “-Dejá a tu acompañante y vení conmigo...te voy a volver loca”-

June esta flirteando con Anaïs y la mira con displicencia en un abierto desaire al que la otra reacciona mirando para todos lados, demostrando que está en búsqueda y seguirá tirándose a cuanta mujer le guste, restándole atención de inmediato.

Pero de dónde la obra fílmica y la obra de Julia Kristeva.

Del lugar en que dos mujeres y varios hombres hacen a través de toda la trama, sus propios juegos.

El que escribe, se sabe, valiéndose de toda experiencia posible propia o ajena, real o imaginada, que protagoniza o induciendo a otros a realizar cualquier acto, nutre su escritura.

Tal el caso de Miller, incluso es de Anaïs.

Pero los demás que juegan con ellos también hacen lo suyo.

June cree ayudar a su marido a que éste escriba. Digo cree, porque entretanto va y viene de N. York a París, consigue dinero(pero no más que el imprescindible para que Henry viva en una pocilga), mientras a ella se le ve cambiar de ropas, lucir su rubia belleza y desplegar seducción a diestra y siniestra (por sobre todo esto último).

Seducción con su marido, con Anaïs, con el editor de Henry y con el norteamericano pervertido visto por Henry a través de la ventana de su propia casa en América (recuerdan la escena de la corbata trabada al cerrar la partenaire femenina de June, un día que está nevando?), que también ha seducido a esa mujer varonil que está con ella en su casa.

A Henry se lo ve vestido siempre con lo mismo, sin valorizar en lo más mínimo el atuendo.

Para el escritor, inducir a su mujer, espiarla y dejarla hacer (también para fisgonearla), dejarse seducir por Anaïs con su look de inédito(a) por

escribir cosas fuertes y vivir las mil y una experiencias, incluso la prostibularia, es parte de su naturaleza.

El marido de Anaïs, el bancario-banquero que hace las presentaciones, va des-cubriendo y cubriendo a su esposa, compartiendo con ella el voyeurismo, sabiendo lo que ella le deja saber.

El motel donde Miller y Anaïs no logran llevar a cabo el acto sexual que han ido a consumir, aunque antes y después lo hayan hecho, el filme deja el resabio (hecho verídico por cierto), que siguieron siendo amigos hasta el final de sus días.

Anaïs, que pulsa las acciones, personaje tal vez central más que el mismo Henry, a quien se lo pone allí por haber trascendido su obra. Anaïs que elige el nombre de la novela de Henri “Trópico...”. Anaïs que devora el sexo de Henry cuando en ese hotel no puede erectar y ella como de paso le dice que su marido tiene un pene muy grande. El marido de Anaïs que se disfraza en una fiesta de estudiantes y la viola. Ella que se da cuenta cuando él le habla y consiente el acto.

Hasta allí, las escenas cinematográficas. Si quiere saber más, verla será necesario. Cabe sí una frase más: todos los personajes prometen a los otros, “enseñar” “Enseñarles cosas” (SIC)

Yendo a Julia: nos habla de la rivalidad con otra mujer, pero haciendo o dejando que otra mujer sea amada en su lugar por el hombre que ella ama, para hacerle ver su goce y reconocer el placer de la propia rivalidad.

(Pág.190 en adelante de Loca Verdad) (La película de Philip Kaufman, protagonizada por Uma Thurman, Fred Ward y María de Medeiros)

La muerte del General

El bizarro guerrero salteño llamó a su Segundo y le ordenó:

- ¡Coronel,...debe ir al poblado de matar al comandante realista, vencer a sus tropas, empalar su cabeza en la entrada del pueblo, izar nuestra bandera y sobre todo, regresar sano y salvo...!

- A la orden comandante,(pronunció atiborrado de labores el Coronel)
- ¡Preparo la tropa y parto!
- Que tenga suerte... ¡Por la Patria!
- ¡Por la Patria!
-

El viaje de ida y vuelta, demandaría no menos de ocho días. Tres de ida y tres de vuelta y un par para cumplir la no poco compleja misión encomendada.

A los cinco días, el Comandante dormía tranquilamente con una mujer que no era la suya y escuchó entresueños, ruidos de cabalgadura que se acercaban a esa casa, a todo galope.

Atisbó por la ventana del frente y cual no fue su asombro, cuando alcanzó a distinguir a su Segundo, atropellando el tiempo y los cardales, aproximándose como una tromba hacia su hogar, donde él se había instalado desafiando el transcurso de una misma temporalidad, como si el tiempo pasara acorde con su deseo,

No pudo más que levantar del piso enladrillado sus botas refulgentes que no tuvo tiempo de calzar, echándose una camisa desabotonada sobre el cuerpo, los pantalones que cubrían sus vergüenzas, abrir la puerta que daba a los fondos de la casa, correr hasta llegar al tapial blanqueado de cal que lo separaba de un trecho de campo y una espesura donde terminar de vestirse y huir, mientras oía:

-¿A dónde va hombre?-, en la voz del Coronel.

El recién llegado había entrado a su casa y encontrando a su esposa tapándose con las sábanas, sentada en la cama y llorando, habiendo dejado el fusil sobre una pared, debajo de la ventana, aún con su sable en la cintura y dándose cuenta que alguien escapaba atravesando el patio sin saber de quién se trataba, tomó de nuevo el arma y salió tras quien se evadía. Al reconocerlo le preguntó con aquellas palabras.

El hombre que huía llevando en sus manos, alguna que otra prenda y sus botas, trataba de saltar el tapial blanco.

Apuntando, el Coronel gatilló hacia la gruesa espalda que parecía estar para un fusilamiento.

Estruendosa en el silencio de esa hora de siesta, el arma echó humo y la camisa blanca, se comenzó a impregnar de sangre.

Los pájaros posados en las ramas, volaron presurosos, temiendo.

El hombre herido, comenzó por soltar lo que llevaba en las manos. Sus dedos describieron un recorrido hacia abajo, arañando la cal.

Por fin terminó de caer y quedó con las espaldas al suelo y la cara al cielo. Recién cuando estuvo quieto, su Segundo habló:

-Mi General, vengo a reportar cumplida la misión, empalado el realista, vencida su tropa y sin prisioneros y vuelto sano y salvo. Viva la Patria (exclamó como para que hasta las montañas lo oyeran).

-Viva la Patria, Coronel. Le felicito por partida doble...(dijo esto mientras comenzaba a manar sangre a borbotones por su boca que le dificultaba el habla),...por haber cumplido su misión y por cobrar su honor a un hombre que no supo respetar el suyo.

Después de miradas cruzadas y algún escondido gemido, el General, continuó:

- Lo felicito, Ud. cumplió su misión, me ha cobrado mi tontera y le digo que: esa mujer es suya y esta muerte es mía.
-
- Llamaré a quien lo cure ...
- No, déjeme al menos morir sin descubrir mi triste historia...
- Si Ud. lo dice comandante, saldré a buscar a quien he de matar en mi patio y fue el autor de su muerte.

Las veleidades de los nadies

Cuando “alguien”, se “la cree”, como decíamos en el barrio, allá en la infancia, o un poquito más adelante, cuando ya púberes teníamos la intención de “afilar” con alguna piba, conocida en el arrabal como ”naifa”; en la jerga “paqueta”, señorita; en el Augustus de aquellos años: “flaca” y así una cantidad de motes, habían quienes se la “daban” de piolas, conocedores de las mujeres y un zoo increíble de personajes.

Más tarde en el tiempo, ya jóvenes crecitos, aparecieron los que discutían sobre Marx, sin haber leído un corno ni saber quienes eran Hegel ni Engels ni Rosa de Luxemburgo ni Bakunin ni...nadie. De casualidad estaban destetados, aunque muchos de ellos creían que diciendo:

-“Mi vieja”, le cercenaban el verdadero rol de madrecitas, que aún barbados y con pelos en las piernas, seguían haciendo que esas pobres madres los despertaran, les hicieran el “morfi”, (esta es la comidita que más le gusta a Josecito- se escuchaba decir a esas supuestas viejas que para aquellos tiempos no tenían más de cuarenta y pico), lavaran y plancharan la ropa y se bancaran despiertas hasta que el “nene”, volviera de andar viendo si la ponía.

¡ Qué párrafo!. Será la indignación?

Pero hay cosas peores. Por ejemplo, uno que mientras estudió, no hizo nada en su casa, ante la mirada seria de su padre, ex ferroviario y concesiva de su madre, una bo...bueno; después de obtener su título abogadil, se le dio por buscar novia y yo, que no soy más gil por falta de práctica, le presenté a una amiga ya recibida, hija de chacareros y con quien terminó casándose y haciéndole un par de hijos; viviéndola, en toda la extensión del término, y dejándola después de hacerle unos pesos, según me dijo ella misma años después.

Como si esto fuera poco, el susodicho, también tenía aspiraciones “literarias”. Al principio, apichonado por su procedencia social, (colijo), caminaba mirando hacia abajo, preguntaba y yo mismo, le corregía hasta los tiempos verbales de sus incipientes “cuentos”. Al cabo de un tiempo, zas!, publicó un primer libro, lo alenté, como todos y al rato nomás, se “la creía” y pensaba que Roland Barthes era un boludo. Qué tal?

Como si con tamaña boludez no bastara, empezó a caminar con la mirada perdida en oblicuo hacia arriba, no viendo a nadie ni saludando siquiera, con la cara como le ponen a los personajes de la historia en las estatuas, o sea, mirando un horizonte que no se sabe cual es, pero que está sobre la línea de horizonte de los demás. Claro que para eso, hay que ser un personaje de la historia y no un pánfilo a quien nadie conoce ni reconoce como nada. Porque, prócer será San Martín mirando hacia la cúspide de la cordillera de los Andes; nunca puede serlo un pelafustán que pierde hasta los juicios voluntarios (*).

Y en este tema de los que la van, también se inscribe otro que la iba o la va de prócer y cuando perdió una elección le preguntaron que iba a hacer y respondió:”- Ahora me voy a tener que poner a trabajar-(sic), lo que promovió la pregunta:¿Qué estuvo haciendo hasta ahora?

Ese muchacho conocido como Jopo de Madera supo rodearse de la “flor y nata” de la sociedad (no anónima, más vale una S. I. I. –sociedad de irresponsabilidad ilimitada-), logrando fracasar a pesar de todas sus ínfulas.

Fíjense que, a pesar de colaborar con él por un tiempo, un día apareció en mi bar, porque es al que concurre diariamente, y cuando llego, me acerco a su mesa en la que estaba desplegado un enorme libro, le saludo cordialmente y él desde su posición de sentado me da su mano como si se la debieran besar y no ese apretón que dos amigos se prodigan al encontrarse.

¡Lo que has visto y has de ver Guille!

(*). Juicios sin contrincante.

Otras ironías

Teoría sobre el exceso de felicidad

Que a la gente no hay...que le venga bien, los sabemos. Quien diga que el exceso de felicidad no nubla el pensamiento, está equivocado.

Tener salud, hijos sanos, novia linda, casa confortable, comida nutritiva y las mil y unas, no les basta.

Ejemplos sobran. De ahora y desde siempre. A los seres humanos nada les alcanza y viven una angustia permanente por lo que no tienen, sin detenerse a pensar “todo lo que sí tienen”.

Si cavilaran sólo un momento en el contenido del vaso y no lo que le falta (porque ya se lo han bebido), o no les ha tocado, valorarían su presente y su activo y alcanzarían felicidad interior o al menos, como bien decía Ernest Hemingway, “una serena desesperación”, y no una alocada carrera hacia la hora de su muerte. Esto haría que tuvieran una vida, sea cual fuere y disfrutaran de cada minuto.

Ya Diodoro “el dialéctico”, después de lucir sus dotes oratorias de las que vivió toda su vida, murió de vergüenza por una respuesta que no pudo dar, arrojándose al Tártaro, como si esa sola vez, hubiera podido empañar su luminosa trayectoria. Vanidad de creérsela, hubieran dicho los muchachos del barrio.

Y la otra, Niobe, que teniendo un montón de hijos y pudiendo ser feliz con Anfión, reinaba en Tebas esplendorosamente pero no le alcanzó con eso, lo cargaba a Leto porque sólo tenía dos hijos.

O aquella mujer romana que después de una batalla en la que pensaba había muerto su heredero, moría de tristeza, hasta que pasados unos días, el hijo apareció sano y salvo, le dio un ataque de felicidad y murió en forma instantánea.

Me van siguiendo con esta teoría del exceso de felicidad?.

La gente lo quiere todo y todo, todo no se puede por una simple razón, no hay tiempo. La vida es un instante y darse cuenta de su efímera temporalidad, un descubrimiento filosófico y existencial que concuerda con lo efímero.

Si no, la gente se pasa: entre el tiempo que duerme en su vida que se estima en una tercera parte; el que dedica a su trabajo, otra tercera parte y ya nos va quedando un solo tercio, más lo que el hombre desea hacer con ella; su vida debería durar más de cien años. Ya decía aquel griego que la gente vive como si fuera eterna.

Ese muchacho Dionisio (digo el llamado “El tirano”), no el abogado músico que conocemos; se copó con hacer su propio imperio griego occidental y dedicó toda su vida a conservarlo, muriendo y derrumbándose todo tras su paso a los libros de historia.

Fue feliz? Guerreó para la conquista y vivió para sostenerla sin medir cuánto le quedaba para vivirla?, quién lo sabe.¿ Canalizó su libido hacia eso porque no tenía hacia donde hacerlo?¿Quién sabe?

Le pasó como a Alejandro Magno que todo lo que quería era alejarse de su madre que le criticaba sus placeres eróticos y tenía planes para él. ¿Diría eso don Sigmund?

La cuestión es ser feliz con lo que se tiene. El deseo de lo que no se tiene, provoca angustia y la angustia, infelicidad y la infelicidad muerte. Ya lo decía el último griego que hoy cito: rico es quien se conforma con lo que tiene,(Don Séneca).

Teoría del sillón de poeta maldito

En esta ciudad, la mía, me dispongo a escribir por fin este trabajo que, siendo una teoría, en realidad tiene una tesis y pretende tener demostración a través de ejemplos varios y variados.

Por los años '60, el primer poeta maldito de Rosario, Felipe Aldana(*), en una lectura de sus poemas en calle 3 de Febrero 755 (Amigos del Arte), entonces conducida por Tona A. y Tinto Devoto del; se aseguró totalmente que nunca más iba a ser invitado a leer en dicha institución.

Por supuesto, no fue por leer poemas malos, todo lo contrario, los textos de Aldana siempre fueron buenísimos. Fue porque pidió que junto con la jarra de agua (que temo contenía otra cosa), solicitó un plato de aceitunas, así como lo oye, y que no viene al caso el color, porque no hace a la cuestión.

Cada dos o tres poemas que leía, hacía una interrupción, pausa o como se le quiera decir, tomaba unos tragos y comía un par de aceitunas, que dicho sea de paso, tenían carozo.

El tema era que se metía las aceitunas en la boca, les comía su carnosidad y escupía los carozos, pero los escupía con fuerza y hacia el público.

Quienes lo defendían a ultranza, alegan que su falta de visión(que para entonces era tremenda), le impedía discernir distancias.

Cuál no sería la sorpresa de Tona y otras adorables viejitas paquetas, cuando los carozos comenzaron a zumbar a sus lados o directamente, hacer blanco en sus tapados.

No obstante, inmutables, dejaron que la “velada”,transcurriera apaciblemente, brindando al poeta, un sobrio aplauso social al fin del acto.

Entre el público, amén de las asociadas pitucas y público en general, estábamos W. H. (quien lo quiera identificar que lo haga), y quien suscribe este texto junto con otros amigos como Miguel Q., Pedro G., etc.

Cuando salimos, W. H. me dijo: “¡Qué h...de p..!” , viste lo que les hizo a esas copetudas,...les escupió los carozos.. y qué buenos los poemas...escuchaste el que se llama Felipe adentro”...¡qué poeta!!!

Alguno de nosotros dijo aquello mencionado de la ceguera que padecía y nos fuimos a tomar un café.

De ahí surge la idea y valga la redundancia, ideada después de la muerte de Felipe, de W. H. y de otros; que en Rosario muchos han tenido el deseo de encarnar al “poeta maldito”.

De todos, W. H. aspiró y consiguió el trono de tal, porque fue el único seguidor que pagó el precio de serlo.

Después hubo y hay (temo), otros poetas de nuestra ciudad que pretenden acceder a ese “sillón”.

Desde ya, antes de seguir, les digo: no se pongan en gastos porque ese sillón desapareció con los nombrados; a pesar de otras historias que brevemente referiré a continuación para esa parte demostrativa anunciada al comienzo.

Pasaron los años; un joven poeta leyó en la tan mentada institución un cuento pornográfico que también le aseguró tener vedado el ingreso para el futuro; dos o tres poetas un poco mayores se dejaron caer los dientes y andaban como viejitos inflando los pómulos para hablar; alguno se hizo echar de su trabajo, otros consiguieron que los rajaran por motivos menos edificantes todavía. Otros fueron despedidos, pero por sus esposas; otros anduvieron por los bares y las calles dando pena. Otras (porque femeninas también hubo aspirantes), esto sí, con otra guía de poetisa muertasuicida, se cortaron el pelo a lo varón, se vistieron de negro o engordaron; algunos se emborracharon para ser vistos borrachos y así una listas interminable de vicisitudes, pero la mayoría, sin escribir nada importante.

Los más, algún librejo del que con suerte se podría extraer uno o dos textos rescatables. Y como si lo dicho fuera poco, algunos de esos candidatos se refugiaron en el exilio (siendo que nadie los perseguía porque eran inofensivos pero quedaba bien exiliarse), en la bebida (pero de puro curdas no más como dice el tango), o al mejor estilo de los poetas franceses, dedicándose a tareas ilegales tales como: premios literarios, ediciones de libros a amigos que si la hubieran hecho por cuenta propia les hubiera costado mucho menos; recibiendo premios acomodados o cantados, consiguiendo cargos culturales mediante artilugios tales como pedirle a varios amigos: -“¡Che, si te preguntan, decí que siempre fui

peronista!”), para después de obtenerlo quedarse para sí con toda invitación que llegara a sus manos y pretendiendo una representatividad que no tiene porque no es rosarino.

Como si todo esto fuera poco, fatigando a los investigadores literarios y desorientando al poco público de la poesía, aparecieron nuevas generaciones que ya no eran librereros y no les pagaban los libros de poesía a sus “amigos”; una generación que, creyendo que con un librito malo, padre importante, un carguito(transitorio como todo en la vida), en un medio y hablando mal de todos los demás; ipso facto se convierten en candidatos al ya famoso sillón aludido; al que el lector creyó estábamos olvidando en este farragón.

Para concluir, sintetizo: para ser poeta maldito, primero hay que ser poeta (no basta ser desocupado o pobre). Después, abandonar las comodidades burguesas que se tengan, -no las que nunca ostentaron-,. Abandonar trabajo, familia, hijos, dinero, títulos, puestos y recién entonces los pondremos en la larga lista de pretendientes.

Cuando estén en ella, les daremos una mala noticia: los románticos tísicos o tuberculosos, están “demodé”.

De ñoquis y otros bueyes

Qué es ser ñoqui? Análisis semántico y gastronómico mediante, veremos que no figura en diccionarios, salvo en su parte “ño”, acepción de “título”.

Y si lo que no está escrito no existe, vamos a la acepción y constitución gastronómica. Harina, papa y agua son sus elementos. Nada más aburrido que dichos componentes en cuanto a sabor, vista y cualidades, a pesar de haber sido comida básica en Europa (digo la papa), como el arroz en China, durante años.

No sirve para nada. Engordan. Sólo sirven para esas detestables despedidas que mojan a un tipo que ya tendrá bastante castigo futuro(en su matrimonio), como para iniciarlo mojándolo, llenándolo de harina y poniéndolo en bolivianas para dar un paseo por las calles, mientras azorados, los ciudadanos, sin querer, participamos de esa tropelía de mal gusto.

Es decir (dicen algunos egresados de magnas aulas que después de “es decir”, no tienen nada para decir), la base, -como dice o decía alguien del fútbol-, está.

Sí; la base para el engrudo. Para la chanchada, la pavada.

Esto que estoy diciendo, lo hago sin desmerecer a los riquísimos ñoquis que hacía mi abuelita y las de ustedes también (no ya nuestras mujercitas, totalmente ajenas hasta de la geografía de ese espacio ignoto llamado cocina).

Aclarado esto, veamos en nuestra memoria esas imágenes de la infancia que reflejarán qué es un ñoqui, que equivale a preguntarse: “ser o no ser” de Willi Shakespeare.

Harina, papa hervida y agua (prohibida como bebida porque oxida). Tres elementos básicos, un tenedor y un par de manos. Se amasa, se hace una tirita de un dedo de diámetro más o menos y se corta tantas veces como la tirita alcance. Con el dedo gordo, se pasa cada pedacito por el tenedor y si se está canchero se lo suelta en el aire, sobre la mesa, of course, y se van disseminando sobre una mesa previamente enharinada.

Ahora veamos las equivalencias. A una persona se la nombra para un cargo, en una ciudad, no siendo idónea porque de ese tema no sabe nada. Esa persona es un ñoqui o podemos presumir estafa?

No vamos a estar haciendo alusiones personales, porque siguiendo la escuela francesa de los Annales, no hay que poner el nombre de personas, sólo hechos.

Lo mejor es dejar que cada uno deduzca de quién se habla..

Ejemplo: no se puede poner a un enano de jardín, por más simpático que fuere(este no lo fue, es ni será), de funcionario en una ciudad de la que no es ciudadano. Recordamos Roma?. Salvando las distancias, claro. Y no se puede, porque el sujeto que por empezar no nació aquí, empieza diciendo que la ciudad que le ofrece tal “ganga”, no tiene pulso.

En realidad, como ya lo dije, un muñeco, lo que no tiene es “tacto”, para tomar el pulso de las cosas.

Para sentir un pulso hay que estar vivo. No se puede tener domicilio en Quitilipi y cobrar de empleado en Rosario. Para colmo en esa área, siempre se supone que uno de afuera es mejor que uno de adentro.

Para ñoqui. En eso estoy de acuerdo.

Porque para hacer un trabajo en una ciudad, (si para ser concejal hay que tener residencia en donde se aspira a serlo), también es de aplicación tal premisa y con mayor razón, para un integrante del ejecutivo.

Aunque antes, por un malentendido, se nombró también a alguien (que todavía cobra aunque no esté más y -este ya sería un ex ñoqui-), por los servicios prestados que nadie sabe cuales fueron, porque el laburo lo hacía Estela A.

Y al punto se lo pusieron encima (digo, con el cargo superior del que ella dependía).

El asunto fue así: Chacho le da una tarjeta a un señor y le dice: -Vaya a verlo a tal de mi parrrrrte-, (porque todavía no fue a una fonoaudióloga).

Pero era verlo, para darle un laburito, no un cargo. Así son las cosas y posiblemente no sólo aquí.

Este hombre presenta la “tarjeta” y de pronto se encuentra frente a una Secretaría con un presupuesto considerable.

Exclamación triple.

En otras oportunidades no huelgan los ñoquis. Por ejemplo, si alguien tiene otro laburo de noche, o tiene su abuela enferma, puede concurrir sólo a cobrar. Hasta cuándo loco?, dice mi indio.

Ya que para ciertos cargos lo que parece requerirse es ser decorativo y saliendo ya de la cuestión de los ñoquis que debemos aprender como me dijo Gilberto K., “las cosas son como son, no como queremos que sean” y propuso tomar a Paul Eluard y editarle en la Municipalidad sus obras completas porque a él le gusta mucho. Yo propongo formalmente que para algunos cargos, por ejemplo para Secretaria de Cultura o directora de estética, ya que tiene que ser de afuera, se nos regale la presencia de Kim Bassinger o Graciela Alfano, más cercana, al frente de alguna repartición.

Espero que quienes tengan que hacer nombramientos futuros lean esto y no se repita lo del teatrero con “tarjeta” y alguien nombre a estas chicas a las que prestaría conformidad porque no serían ñoquis, sino masitas de postre.

Personales

La casa II

Se atrevió a pisar la casa de su niñez, después de veintipico de años.

En anteriores ocasiones, para buscar correspondencia que después de mucho tiempo seguía llegando a ella, le había pedido a su hijo: "Lucas, cuando tengas un rato y pases por ahí, retirá los papeles que haya para nosotros en la calle 1° de Mayo (*)".

Eso ocurrió durante varios años, hasta que una mañana, un lunes, día lluvioso, se despertó con la idea fija de la casa de la infancia. Se dijo que con el pretexto de esos tan mentados "papeles", esta vez se animaría.

Después de hacer otras diligencias, pero con la idea fija, se encaminó hacia el lugar. Estacionó enfrente. Aunque había pasado infinidad de veces, en el curso de todos esos años, iba a ser la primera vez que volvería a pisar esa vereda, la suya. Recordó, cómo cada chico del barrio sentía propia su vereda: "Por mi vereda no pasás", inclusive las señoras: "Chicos, déjense de jugar a la pelota en mi vereda", y así, tantas y tantos diciendo ese tipo de cosas.

La miró antes de poner el primer pie sobre el embaldosado mojado y se produjo la primera fisura temporal, preanunciada al recordar los dichos sobre las veredas y por las voces de aquellos dichos.

Vio la fachada de su casa, tal como lo fuera durante tanto tiempo y aunque estaba totalmente cambiada, reformada "modernamente"; él volvió a ver los dos balcones pintados de verde oscuro, con sus apoya manos de bronce que brillaban. La puerta de hierro alta y pesada, el picaporte, el postigo con marco metálico y vidrio traslúcido pero no transparente y hasta el timbre que de muy chiquito no alcanzaba y se decía cuándo llegaría para poder él solo tocarlo.

Dio dos o tres pasos sobre la vereda y revivió las noches de verano jugando a las escondidas con la mortecina luz del medio de la cuadra, pendiendo en la mitad de la calle, década del '50; el empedrado, los autos de entonces, verdes, negros y uno de otro color cada muchos. Los dos únicos coches que había en esa cuadra.

Miró hacia la esquina de Montevideo y se impusieron a lo lejos las figuras de un grupo de muchachos charlando. Pensó en la casa de Ernesto. Enfrente la de Eugenio. El galpón del Lilo. Aquella mujer

grande, solterona, que parecía estar fijada al vano de la puerta de una casa, siempre en la puerta, siempre esperando vaya a saber qué o a quién. Se vio a él mismo, sobre el ahora cubierto empedrado, dando vueltas en círculo con una bicicleta, con el pelo corto, a la “americana” como se usaba en esos años, una tarde de sol cuyo testimonio conserva aún, una fotito de 2 x 4 en blanco y negro.

Pulsó el portero eléctrico y advirtió que a lo lejos, un señor cambiaba de postura y gesticulaba que empujara. Empujó y abrió la puerta que ahora era de vidrio irrompible, diciendo:

- Permiso...buenos días...

Y el señor, adelantándose y con cara de hospitalidad ofrecida, respondiendo:

- Buen día, en qué puedo servirle?

- Mi nombre es tal,...quería preguntar si no habrían llegado como otras veces, papeles a nombre nuestro.... Mi hijo... (mientras le tendía la mano)...

- Ah!... sí, Ud. es el papá de Lucas...

Él asintió sin palabras.

- No, mire, la última vez que llegó algo, le avisé a su hijo al trabajo y...

Se produjo entonces un silencio imposible de llenar con argumentos formales y tuvo que decir que en realidad, más se había llegado para ver la casa que por lo otro. Le confesó al atendiente que durante años no se había animado y que le pedía permiso para verla. El hombre, cordialmente salió de su lugar detrás del escritorio y extendiendo su brazo izquierdo hacia el interior de “la casa”, le dijo:

- Pero como no, pase...su hijo me contó que él estuvo aquí de chiquitito...que vivieron varias generaciones de su familia...,vea todo lo que quiera, lo que no sé, es qué queda de cómo era entonces. Ud. sabe, se le han ido haciendo reformas...pero mejor, suba, mire lo que quiera... (y mientras hacía esa invitación, encendió las luces de todo el lugar).

-

Él pensó en ese momento en el tiempo. La cantidad de tiempo infinito transcurrido como para que ya no quedara nada de lo que fuera su casa.

En el patio sobre el que juraron con su hermano a la pelota y en el que su propio hijo anduviera en un triciclo, ahora había un gran salón dividido por aberturas vidriadas. La mampara que usaran de frontón rompiendo tantos vidrios, desaparecida. Las altas persianas de cada habitación que daba al patio, la escalera, los dibujos de las baldosas, los alambres sobre los que corrían dos enormes toldos en los que durante el invierno que no se usaban, hacían nido los gorriones, la baranda de la terraza, todo, absolutamente todo aparecía al cerrar los ojos. Pero al abrirlos, ya nada estaba ahí. No quedaba nada.

- Suba nomás-, (dijo desde lejos quien lo atendiera), su hijo me dijo algo de un altillo del abuelo, suba..suba...

-

Empezó a subir una escalera diferente a la que recordaba. Se detuvo, miró hacia arriba y no reconoció nada. El altillo.

En ese instante supo que otra interrupción en el tiempo ocurría.

El altillo que había sido de su abuelo, de su “Tata”, como le decían, también había sido su buhardilla de pintura y la viva imagen de ese estrecho cuarto de tres por cuatro, apareció nítida con su puerta y su ventana al norte.

Una mesa, una silla, un caballete con tachuelas y cartulinas, la vieja heladera a hielo devenida en biblioteca, los cajones de herramientas, dibujos, botellas raras, frases escogidas que lo acompañaron el resto de su vida en carteles: “Schiviti Adonai lenegdi tamid” “Sólo me interesa lo escrito con la propia sangre”. “Carpamos dulcia...”.

La cara de Antonin Artaud hecha por él mismo, a carbonilla. Máscaras de barro, afiches, la estufa a kerosene. El diván cama sobre el que se sentaban las visitas y sobre el que, abierto, durmieron Marta y Nelly.

Se vio sentado mirando los trabajos a pastel hechos en el taller de su maestro Marcelo Dasso en calle España.

Revivió a Nikituska arrollada a sus pies mientras escribía, leía o pintaba. Los amigos Héctor y Carlos discutiendo sobre Pessoa y los heterónimos allá por los '60. Carlitos diciendo:”tu poesía es un agujero sin bordes” y

Héctor reconociendo en el tocadiscos Wincofón, cualquier sinfonía, autor, movimiento; apenas giraba el disco dos vueltas...

- Encuentra algo que le resulte familiar?- dice una voz desde abajo-. La memoria se cierra. Él reacciona al cabo de unos instantes y le responde entre los estertores de un suspiro y la vuelta a la conciencia.

- Y...no, ...no, nada. No reconozco nada.

Pero ve una ventana y se asoma. Y ahí, veintitantos años después, ve casi intacta la terracita que daba al altillo. Todavía están las baldosas aquellas, el tapial que da al oeste y la pared norte con sus respiradores cada tantos metros. Consigue una visión presente del pasado. Ese paisaje, ahí, en un ángulo de noventa grados, está igual, o se lo imagina.

Bajó luego lentamente, conmocionado. Saludó y después de agradecer, se fue. Creía que iba a huir, pero no, sólo se fue. Seguía lloviendo. Subió al auto y arrancó despacio. Miró los frentes de casas que reconoció y otras que ya no están.

Se preguntó por trozos de su memoria. Pensó en fotos que no tiene.

(*) El autor vivió en esa casa de calle 1ro. de Mayo 1676, hoy sede de la Cámara Hotelera de Rosario.

Todas mis vidas, mi vida.

Hace un tiempo, revisando papeles, cajas, álbumes de fotografías y mirando dentro del cajón de las mentiras, lugar donde, como dice Don Pepe Grillo <en mi propio Diccionario intitulado “Pequeño Guille Ilustrado”>, he guardado por años las esquelas, cartas y demás notitas de amor recibidas. Y no digo que hayan sido mentiras “en su momento”, digo, que se convirtieron en falacias no bien transcurrido un tiempo.

Entre los papeles, buscaba textos que por obra de mudanzas, arrebatos de autocrítica feroz, alimento de algún insecto, estuvieran aguardando el rescate de un instante que los repusiera a revisión y por qué no a publicación.

Eso ha ocurrido durante los últimos cuarenta años. Lo que pasa es que los papeles se van o se fueron sumando, ocupando cajones, cajas, estantes, biblioratos, sobres grandes papel madera, etc. etc. y de pronto sobrevinieron alardes de “orden” o los otros accidentes enumerados.

Colofón; poco ha sido lo rescatado y mucho lo perdido. Ustedes pueden pensar que macaneo pero hasta puedo decirles los títulos de algunas de esas cosas. Veamos: se perdió totalmente un librito de humor titulado: “Ecuménico Peleta, ni virgen ni mártir”. Y por qué. Porque se lo di a un ilustrador que se hace el gaucho y es más que nada un guacho, no me lo devolvió (ni ilustró),y por eso se extravió. Así ió, ió,ió.

Otro, se llamaba: “Libro del amor”. Eran poemas de amor, que me perdone la poesía, porque poemas son poemas, no hay de amor ni ocho cuartos, como decía mi abuela. Y qué pasó con ellos; pasó que en el afán de despojarlos de la contemporaneidad en la que fueron escritos, impregnados de bajezas tales como enamoramiento, calentura, deseo, etc.; los guardé, corregí muchas veces hasta que de pronto, este mismo año, habiéndose editado todos los libros que aún estaban sin publicar, me dije: estos poemas no son mejores que Poema Último y Poema de amor, que sí creo, me representan porque, curiosamente, no fueron impuestos por sentimientos primarios, sino que, a las vestales que se les dedican, si existieron, pasaron y en otro caso, están dedicados a mujeres ideales (que son las mejores), lástima que a esas no se las puede tocar porque, como digo por ahí: “...esa mujer que busco/ aún no ha nacido/ o hace tiempo que ha muerto...”.

Pero volviendo; ese dichoso libro del amor, estaba traspasado por textos dedicados a varias ninfas que voy a nombrar sólo por sus iniciales: A.M.M; E.S.S; M.C.A; P.C; S.M.R.B y alguna otra suelta. Y qué pasó?.

Pasó que pasaron muy rápidamente, pero no en el tiempo real, pasaron en el tiempo sagrado de la poesía. Fueron, dicen hoy. Pero fueron dentro de mí.

Y, he aquí la cuestión. El destino quiso que ese libro, se perdiera(al menos por ahora).No vaya a ser que en un disquete aparezca algo y me sorprenda.

Al final me puse a hablar de mis trabajos y de no todas las vidas mi vida que es lo que quiero escribir aquí y para eso, me voy a munir del álbum de fotos y adelante:

Digo una cosa y hago otra porque de la uruguayaya no tengo ni una foto. De la salteña, tampoco. Sin embargo eran lindas, se los aseguro. Menos todavía de mi primera novia Ana G., ni de Liliana O. Tampoco de Marta S. Pero sigamos por orden cronológico. Estamos en los setenta.

Aparecen las de Leonor, madre de mis primeros cuatro hijos. Una vida. Reconozco que fue y es una gran mujer. La amé, es la mujer con la que luchamos por la vida, construimos nuestra casa, anduvimos forzando el destino para criar a los cuatro vándalos, escuela, fútbol y todo lo que hace feliz a los padres de cuatro hijos.

No quiero demorarme en esa vida porque al principio de nuestro matrimonio, con 20 años, también me enamoré de otra mujer que me sacó, como se dice hoy. No obstante la pasión que despertó Julie, en la puerta del hotel donde se alojaba, en calle San Luis, al cabo de un año en el que viajábamos uno a la ciudad del otro, semana por medio; una mañana le dije que no me iba con ella, que me quedaba con mi mujer y mi hijo. Fue un corte que tardé cinco años en concluir.

Ese corte o fin, se hizo mientras escribía en la planta alta de mi casa, escuchando Mendelson en su Concierto para el olvido y digo en lo que escribí, que “con esa música me ahogué en la oscuridad de su ausencia.”

En ese año siento que, habiendo vivido dos vidas paralelas y simultáneas, viví otra vida.

Tanto me costó tomar esa decisión, que me prometí que si alguna vez en la vida, otra vez tenía la ocasión de volarme, no iba a dejar de hacerlo y así llegamos a los ochenta.

Acá están las fotos de Cristina, madre de otros dos hijos. Las fotos en el mar, en Uruguay, en Colombia, en Córdoba, en el departamento que compramos, en Zavalla. De ésta mujer me voló todo. Primero que nada que tratara a mis hijos como suyos, tanto antes como después de nacer los propios. Esta ya es mi tercera vida.

Y duramos doce años, desembocando en los 90'. Precisamente 1994, año en el que después de un viaje al que no la tendría que haber llevado, nos divorciamos. Seguiríamos muchos años más, saliendo a escondidas pero sin nunca más convivir.

¡¡¡¡El álbum..., qué discurso es un álbum!!!! Dice casi todo de uno.

Cerca del 2000, en 1998 aparece otro grupo de fotos con quien fuera mi tercera esposa. Elsa. Divina ella también. Celosa a morir hasta de mis hijos. Duración de este matrimonio: apenas dos años y algo.

Y sigo pasando porque, si no, se hace interminable. Y van..., cuatro vidas.

Estamos en el 2000 o 2001, después verifico por las fechas de escritura.

Aparece en mi casa un amigo con dos mujeres. Una divina, la otra horrible. Salimos. Le pregunto a mi amigo cómo es el dibujo y me dice que todavía no tiene decidido con cual él.

A mí me dio un no sé qué, porque una era alta, rubia y bellísima. La otra, baja, con cirugía en el naso, flaca. Mi amigo, mucho más bajo que yo. En la fiesta a la que fuimos, ambos bailamos con la linda. La otra no sé que hizo. La cosa era obvia, pero yo que soy discreto en el respeto por los amigos, me quedé en el molde. Le di mi teléfono y quedé esperando que llamara. También hubiera podido hablar yo, pero como estaba esa situación, me dije: si hay onda, me llama. Si no, lo llamaré a mi amigo o qué se yo.

A los dos o tres días, Nicanor estaba aquí, donde estoy escribiendo, al lado de la ventana de la planta alta de casa y yo, estaba pintando trepado a una escalera. Sonó el teléfono, <ya entonces la gente confundía su voz con la mía>, resultando ser la susodicha.

Realmente estaba incómodo, tomé el tubo, le agradecí que llamara, le dije que me dejara su teléfono que después la llamaría y le pedí a mi hijo que anotara el número.

Salimos, me gustó, al tercer día en el campo le dije que quería que fuéramos novios. A todo esto, no la había tocado. Mientras nos íbamos de viaje al mar, cosa que ocurrió al cuarto día, contestó que probaría la propuesta.

Dos años y medio muy buenos. Un día que volvió de un viaje con su familia, al llamarla me contestó que no pensaba llamarme más. Colgué no sin antes disculparme y ahí terminó. Y van...cinco vidas.

Cuántas vidas me quedan?. No sé. Después de vivirlas, escribiré sobre ellas. Por ahora me parece prudente quedarme por aquí, con este simple final.

ALGUNAS OPINIONES SOBRE LA NARRATIVA DE G. IBÁÑEZ

«GUILLERMO IBÁÑEZ Y LA REALIDAD COMO LÍMITE». En Diario La Capital, Rosario, 15 de Abril de 1979. La lectura de «Contornos de juego», conduce a poner en crisis –no a negar – las siempre movedizas y fluctuantes líneas separatorias entre géneros literarios. Ibáñez accede a la prosa luego de una larga y profunda búsqueda en el lenguaje poético y quienes hayan leído sus anteriores volúmenes no podrán poner en discusión que se trata de una de las voces más serias y válidas de la poesía santafesina en las dos últimas décadas y los resultados de esa búsqueda se manifiestan como expresión esencial en estas páginas... Comprueba por otra parte lo que algunos autores han señalado como íntima identidad del cuento con el poema, en cuanto a unidad estructural, en cuanto cerrada síntesis simbólica, basado en una profunda concentración imaginativa... La escritura es, entonces, el intento de la mente de explorar esos espacios, esos «contornos» que están más allá de lo habitual de la apariencia de lo cotidiano. Los personajes viven una realidad esencialmente interior, mientras sus cuerpos permanecen aprisionados en la rutina del acontecer cotidiano, sus mentes rompen los límites asfixiantes del mundo de los otros, esos contornos casi mágicos de una realidad más profunda y sustancial en que generalmente se enfrentan e identifican con la otra imagen, la oculta de su propio yo, de allí la reiteración del tema del «doble» que aunque nos haga pensar en el intelectual juego onírico borgeano, cobra aquí una angustiante vitalidad. No es, por otra parte, convencional su utilización técnica narrativa – aunque sus cuentos puedan encuadrarse dentro de los precisos y difíciles límites del cuento – ya que son muchas las audacias formales, tanto en la estructura sintáctica misma como en el

frecuente empleo del espacio en blanco como manera de evitar referencias demasiadas específicas –nombres de personas, lugares, ambientes –, que darían historicidad a los relatos y al mismo tiempo, como invitación al lector a incorporarse en la función creadora...» Eugenio Castelli.

«CONTORNOS DE JUEGO» Guillermo Ibáñez (La Ventana - Rosario), en Diario «La Gazeta», San Miguel de Tucumán, el 29 de Abril de 1979. «...primer volumen en prosa de este autor, cuya obra poética...» «...Se trata de cuentos y narraciones prologados por Alberto Lagunas, trabajos en los que el tema del doble crea las posibilidades para que los personajes caminen contornos de juegos dramáticos y alucinantes...» Daniel Alberto Desein.

«LA OBRA DE GUILLERMO IBÁÑEZ», en Diario La Capital, Rosario, del 30 de enero de 1983. «...este autor está marcado por una de sus obras «Contornos de Juego», de 1979. En ese sistema de relatos breves, son recurrentes una serie de motivos simbólicos que, siendo de honda repercusión persona para el autor, lo son también en la tradición literaria donde ha abrevado. Me refiero a la imagen del «espejo» o el tema del «doble». Subjetivamente percibo en su cosmovisión la presencia hegemónica, si bien disimulada, de una frontera, límite, surco, señal a veces, frente a «lo otro». Ese límite es en momentos optimista, el mismo horizonte; «puerta» en los más enigmáticos; «celda» en los más aterradores. Pero como en realidad es una frontera ante sí mismo, la imagen recurrente es la del espejo, origen de esa dualidad contrapuntística entre personajes o estructura simétricas que señala el prólogo...» Inés Santa Cruz.

«PRÓLOGO DEL LIBRO: “EL PERSONAJE Y OTROS CUENTOS”, por Rosa Boldori, Ediciones Ciudad Gótica 2004.

Conocido principalmente por su destacada producción como poeta de la generación del '60 y como director de la revista Poesía de Rosario, Guillermo Ibáñez ha publicado hasta el presente, varios títulos en el rubro lírico, desde Tiempos (1968) hasta El árbol de la memoria (Ed. Ciudad Gótica, 2002), además de haber participado en numerosas antologías y publicaciones periódicas.

Con la presente colección, incursiona por tercera vez en el género narrativo, después de Contornos de juego, Crónicas y Narraciones (1979) y La Octava Esfera (décadas de 1980-1990, inédito).

En el ámbito relatural, la escritura de Ibáñez se destaca por su inclinación a indagar los misterios o paradojas que se esconden tras las máscaras de los personajes que nos rodean en la cotidianidad o nos seducen en las obras literarias, los dobles, los amigos, las mujeres; en un tono que va de la seriedad más profunda a una comicidad burlona cargada de ironía. También se interesa por ciertos seres, objetos o categorías plenos de dimensiones semánticas o sugerencias artísticas: los libros, los espejos, los cuadros, el paso inexorable del tiempo y sus efectos. El narrador básico gusta de las digresiones: se involucra en el mundo narrado, acompaña al lector con sugerencias y comentarios ingeniosos, sarcasmos, chistes, reflexiones, como si le estuviera hablando. Lo coloquial —con sus modismos típicamente rosarinos, sus rayes, su argot que logra incorporar al rango de la narrativa nacional en primera línea—, adquiere ese tono de charla de café con sus amigos —del tribunal, escritores, críticos, artistas— que lo caracteriza.

Quienes lo conocemos sabemos que todas esas marcas son claves de un estilo que, como siempre, están en el hombre.

El personaje y otros cuentos reúne relatos compuestos entre comienzos de la década de 1980 y fines de la de 1990 y pone en

evidencia una notable maduración de sus cualidades para la prosa narrativa breve: la seducción de una historia, centrada en el retrato o la recreación de un personaje, sea el que se puede encontrar en el barrio («El amor de Germán») o en la eternidad de la literatura («Reivindicación de Beatriz», «Refutación de Marlowe») o el que sirve de puente para la crítica a los pseudo intelectuales que abundan en el medio («Lo inmutable»), en la amistad teñida de una identificación entrañable («El encuentro con Rou»); en la relación con las mujeres, dentro de una amplia franja que va del amorío al compromiso, atraído a menudo por la otra, la de algún modo inalcanzable, la que provoca curiosidad o desconsuelo («La playa», «A la hora de su llegada»); en la pintura de cuadros ágiles y coloridos de la alienante rutina cotidiana, a veces reforzados con la acumulación sintáctica («Al final del día»); en la recurrencia frecuente de la ironía y del humor («Dos mundos», «Conducir»), en la ambigüedad de los límites entre el tiempo-espacio de la vida, de la memoria, de la identidad y de la palabra («El centinela», «El personaje»).

Otras veces lo convocan la incursión en la metafísica, las paradojas y las intertextualidades borgeanas («La Biblioteca», «Historia circular»). Y si a veces se enreda, se confunde, se exaspera, es porque está dando testimonio de una búsqueda que es también una lucha con el lenguaje y con el mundo. Y de un estilo personalísimo a través del cual el habla de Rosario marca su territorio singular en el ámbito de la narrativa argentina e hispanoamericana.”

Índice

Prólogo	2
Los personajes	3
Reivindicación de Antístenes o apología de la utopía.....	4
Refutación de Aristarco	8
Henry, June y “Loca verdad”	12
La muerte del General	15
Las veleidades de los nadies.....	18
Otras ironías.....	21
Teoría sobre el exceso de felicidad.....	22
Teoría del sillón de poeta maldito	25
De ñoquis y otros bueyes.....	29
Personales	33
La casa II	34
Todas mis vidas, mi vida.	39
Algunas opiniones sobre la narrativa de Guillermo Ibáñez.....	63